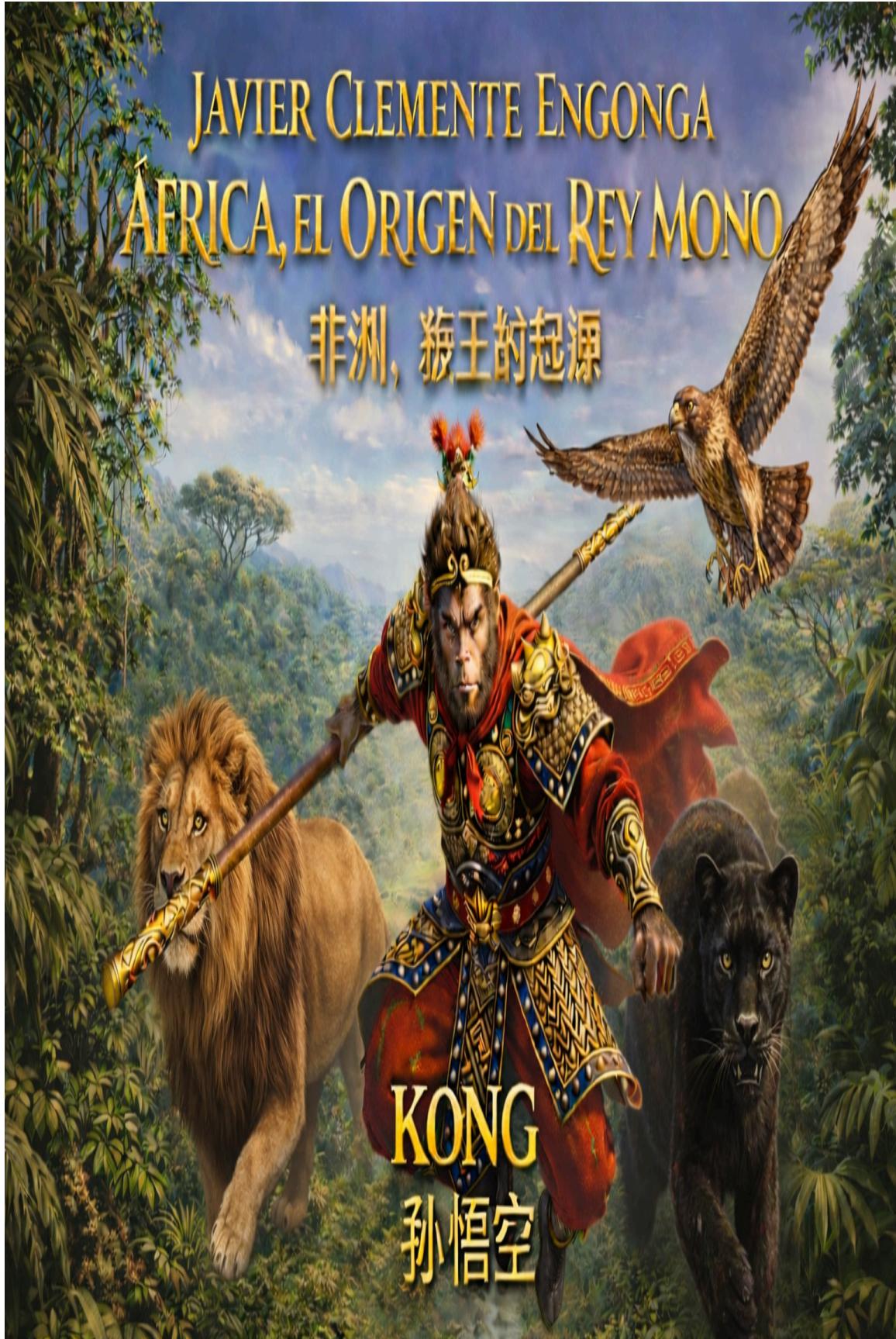


JAVIER CLEMENTE ENGONGA
AFRICA, EL ORIGEN DEL REY MONO

非洲，猴王的起源

KONG
孙悟空



Copyright Notice for the Document: "AFRICA, EL ORIGEN DEL REY MONO (非洲, 猴王的起源)™."

**Copyright © 2026 by [Javier Clemente Engonga Avomo](#).
All rights reserved.**

No part of this book may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other non-commercial uses permitted by copyright law.

**For permission requests, please contact the author at:
info@theunitedstatesofafrica.org**

Published by [The United States of Africa™](#).

This work is protected under international copyright laws. Unauthorized use, distribution, or reproduction of any content within this book may result in civil and criminal penalties and will be prosecuted to the fullest extent of the law.

**"AFRICA, EL ORIGEN
DEL REY MONO (非洲, 猴
王的起源)™."**



«Yo soy de los que solo saben que algo saben, aunque no lo sepan todo; y también de los que escriben y dicen lo que sienten sin pensárselo demasiado.

Yo soy de los que nacen varias veces para hacer algo diferente y no olvidan el aroma del cielo al despertar cada mañana.

Yo soy de los que le dicen adiós cada día a la vida y aun así se despiertan y continúan con cualquiera que fuere la faena.

Yo soy, en definitiva, ese negro de toda la vida.»

INTRODUCCIÓN

(Cuando el cielo y la tierra aún hablaban de los reyes que no se dejaban gobernar)

El mundo recuerda a sus reyes perdidos, aunque haya aprendido a negar que los recuerda.

Los recuerda en ciclos, no en fechas.

Los recuerda cuando el orden se vuelve rígido,
cuando la ley se separa de la vida,
cuando la palabra “divinidad” deja de significar presencia
y pasa a significar trono.

Entonces, algo antiguo comienza a moverse.

No aparece de inmediato.

Primero se agita el fondo.

Las aguas profundas se inquietan.

Los ríos cambian su curso sin razón visible.

Los animales sueñan con montañas sumergidas
y con ciudades que respiran bajo el mar.

Los hombres no escuchan esos sueños.

Hace mucho que dejaron de hacerlo.

Siempre fue así.

Cada vez que un rey nacido del mundo —y no del poder— apareció,
el mundo lo reconoció antes que los hombres.

Y cada vez, los hombres intentaron contenerlo.

No porque fuera malvado.

Sino porque no podía ser gobernado.

A estos reyes no los mata el tiempo.

El tiempo los guarda.

Aparecen cuando el equilibrio se rompe demasiado,
cuando el cielo se vuelve pesado
y la tierra empieza a recordar lo que fue.

Aparecen, caen, son contenidos.
Y regresan.

No cada siglo.
No cada milenio.

Cada quinientos años.

Ese número no es casual.
Es el tiempo que tarda el mundo en olvidar lo suficiente
como para necesitar volver a recordar.

Uno, el primero de todos, fue llamado Kong.

Nació sin corona,
pero el mundo supo que era rey y su leyenda se conservó en Oriente y más allá.

No por sangre.
No por linaje.
Sino porque escuchaba lo que otros ya no podían oír.

Los animales lo entendían.
Las montañas lo reconocían.
Las aguas profundas y los seres que las habitaban lo llamaban por un nombre que no se
pronuncia.

Pero los cielos...
los cielos desconfiaron.

Porque Kong no pedía permiso.

No separaba lo animal de lo humano.
No separaba la divinidad del mundo.
No aceptaba que el poder necesitara distancia.

Eso era peligroso.

Así que le dieron una corona que no podía elegir
y una diadema que no podía quitarse.

No era símbolo de realeza,
sino de obediencia forzada.

Cuando ciertos nombres eran pronunciados,

cuando ciertas oraciones eran recitadas con intención,
la corona se cerraba sobre su mente.

No para matarlo.
Para hacerlo recordar quién mandaba.

Mucho después, otros hombres repetirían el gesto
sobre otra cabeza,
con espinas en lugar de oro,
y llamarían salvación
a lo que siempre fue contención del arquetipo.

El Rey que no eligió ser rey.
El Rey castigado por no someterse.

También le entregaron un cetro.

Un bastón que medía el mundo.

No para gobernar hombres,
sino para equilibrar fuerzas.

Porque estos reyes no reinan desde arriba.
Reinan desde el centro.

Y el centro siempre incomoda a los extremos.

Pero incluso la corona y el castigo no bastaron.

Kong - y así todos los reyes verdaderos nacidos para gobernar el mundo - fue contenido bajo la forma misma del orden absoluto.

Inmóvil en el cuerpo.
Despierto en la conciencia.

Quinientos años.

Cinco siglos oyendo al mundo moverse sin poder tocarlo.
Cinco siglos viendo cómo los hombres olvidaban
que el agua también es reino.

Porque hubo un tiempo —antes de la herida—
en que África recordaba algo que el resto del mundo perdió:

que lo sagrado también habita en la tierra, en la selva y bajo el agua.

Que existen ciudades sumergidas y también reinos celestiales,
reinos sin tronos,
sabidurías que no miran al cielo,
sino al fondo del mar y a la selva profunda.

La colonización no solo tomó la tierra.
Secó la memoria.

Llamó mito a lo que era archivo.
Llamó superstición a lo que era ciencia antigua.
Y silenció el mundo subacuático,
porque no podía gobernarlo.

Pero el agua no olvida. Y la selva no duerme.

El océano no olvida. Y las raíces no desaparecen.

Y los reyes nacidos del mundo
siempre escuchan primero a las profundidades.

Por eso, cuando el nombre de Kong vuelve a circular
—no en bocas, sino en sueños—
no es anuncio de conquista.

Es advertencia.

El mundo no está pidiendo un salvador.
Está pidiendo recuerdo.

Y los animales lo saben.
Y las aguas lo saben.
Y la tierra lo sabe.

Solo los hombres aún dudan.

Esta historia no comienza cuando Kong actúa.
Comienza cuando el mundo empieza a hablar de él
otra vez.

Porque cada vez que el Rey Perdido regresa,
no vuelve para reinar.

Vuelve para preguntar:

¿recordáis quiénes fuisteis
antes de las coronas,
antes de los cielos cerrados,
antes de olvidar que también sois selva, cielo y agua?

PRÓLOGO

(Lo que se ve desde donde el cielo no manda)

Yo no pertenezco al cielo que gobierna.

Pertenezco al aire que conecta.

*Desde aquí arriba —pero no demasiado— el mundo no es jerarquía,
es trama.*

Las montañas no son altas.

Los ríos no son bajos.

Todo es distancia en relación.

*Por eso vi a Kong
antes de que los hombres volvieran a pronunciar su nombre.*

Cuando el mundo se tensa, el aire lo sabe primero.

Las corrientes se vuelven rectas.

Los vientos dejan de errar.

Eso nunca es natural.

*El orden ama las líneas limpias.
La vida, no.*

*Hace quinientos ciclos exactos,
el aire empezó a comportarse como obediente.*

*Entonces supe
que algo antiguo estaba siendo contenido otra vez.*

A los reyes perdidos no los buscan los hombres.

Los detecta el sistema.

*No porque amenacen el trono,
sino porque desordenan la distribución del sentido.*

Kong nunca fue un problema de fuerza.

Fue un problema de orientación.

Yo lo vi nacer.

No como nacen los humanos.

*Emergió cuando la tierra decidió recordar
una forma que no era ni bestia ni hombre.*

No me acerqué.

*Los que nacen así
no deben ser observados desde arriba.*

Pero el aire se abrió para él.

Eso fue suficiente.

*Cuando el cielo decidió intervenir,
no descendió como tormenta.*

Descendió como método.

Primero, la corona.

No para honrarlo.

Para cerrarlo.

*Una diadema que no corta la carne,
pero aprieta la conciencia
cada vez que alguien cree que el orden debe imponerse.*

Después, el castigo.

No muerte.

Nunca muerte.

Suspensión.

*Quinientos ciclos fuera del movimiento,
pero no fuera de la memoria.*

El sistema aprende con el tiempo.

O cree hacerlo.

Durante ese encierro, yo volé.

Sobre selvas taladas.

Sobre ríos canalizados.

Sobre cielos divididos en permisos.

Vi algo claro:

el mundo no solo estaba olvidando a Kong.

Estaba olvidando

que nunca fue solo humano.

Ni rey.

Ni dios.

Puente.

*Cuando el aire volvió a romper su rutina,
supe que el ciclo giraba otra vez.*

No hubo anuncio.

Los sistemas no anuncian sus fallos.

Solo reaccionan.

*Los hombres aún no lo saben,
pero el cielo ya recacula.*

*No porque Kong vuelva,
sino porque vuelve **de otra manera.***

No concentrado.

No disponible.

Eso es lo que el cielo no tolera.

Yo no sigo a Kong.

No sigo a nadie.

*Pero cuando él se mueve,
las trayectorias cambian.*

*Los animales levantan la cabeza.
El agua modifica su pulso.
La selva vuelve a hablar sin pedir permiso.*

*Y el aire —mi hogar—
recupera su error favorito:
el desvío.*

Esta historia no comienza cuando Kong actúa.

*Comienza cuando el mundo
ya no puede fingir que todo está en su sitio.*

*Desde aquí arriba —pero no demasiado—
veo algo claro:*

el cielo volverá a intentar cerrar el centro.

*Y Kong
no volverá a ser uno.*

Eso es lo que cambia todo.

Yo volaré bajo.

Donde el sistema no mira.

Donde aún se puede elegir.

CAPÍTULO I

Yo recuerdo antes de despertar

Yo no desperté de golpe.

Nadie que haya estado contenido de verdad lo hace.

Primero regresó el peso.

Después, el sonido del agua.

Luego, algo más antiguo que el sonido:

la presión.

No era dolor.

Era profundidad.

Durante quinientos ciclos aprendí a distinguirlos.

El dolor pide huida.

La profundidad pide silencio.

Yo estaba bajo ambos.

No veía con los ojos, porque los ojos no eran necesarios.

Veía como ven las piedras del fondo del río:

por acumulación de tiempo.

El mundo había cambiado arriba.

Eso se notaba incluso bajo el agua.

Las corrientes ya no hablaban igual.

El agua se movía más rápido, como si tuviera prisa.

Eso nunca es buena señal.

Entonces lo escuché.

No fue una voz.

Fue una memoria empujando desde abajo.

Kong.

*No lo dijeron con palabra.
Lo dijeron con forma.*

Una forma que solo el agua conoce.

El primer rostro que reconocí no fue humano.

Fue Mbú, el pez viejo.

*No viejo de años, sino de fondo.
Mbú había nacido cuando los ríos aún recordaban su nombre completo.*

—Has tardado —me dijo sin boca.

—No me dejaron salir —respondí, usando palabra y pensamiento a la vez.

Mbú no juzga.

Los seres del agua no juzgan.

Ellos saben que todo regresa cuando debe.

*—Arriba el mundo está seco —me mostró sin decirlo—.
Han olvidado que el poder también fluye.*

Vi ciudades donde el agua había sido expulsada.

Vi hombres levantando muros contra ríos.

Vi coronas sin raíces.

—¿Otra vez? —pregunté.

*—Siempre es otra vez —respondió Mbú—.
Por eso vuelves.*

Yo recordaba quién era antes de recordar quién fui.

Eso es importante.

*No me pensé como rey.
Nunca lo hago.*

*Me pensé como **escucha**.*

Porque eso es lo que soy cuando no me obligan a portar la corona.

*La diadema seguía ahí.
No visible, pero presente.
Aprieta más cuando el mundo intenta rezar para dominar.*

Aprieta menos cuando el mundo guarda silencio.

Ahora no apretaba.

Eso significaba algo.

Subí.

*No con el cuerpo primero.
Con la intención.*

*El agua me abrió paso porque aún me reconoce.
Los peces se apartaron sin miedo.
Las corrientes me sostuvieron como antes.*

Cuando rompí la superficie, el aire me pareció ligero, casi torpe.

*Demasiado ruido.
Demasiadas palabras sin peso.*

La selva me esperaba.

*No como se espera a un salvador,
sino como se espera a alguien que **se fue demasiado tiempo**.*

*—Has cambiado —dijo **Nguma**, el leopardo, desde la sombra.*

—Tú también —respondí.

*Nguma es guardián del borde.
Nunca entra del todo.
Nunca se va del todo.*

*—Los hombres están olvidando cómo mirar —dijo—.
Ven formas, no presencias.*

—Por eso vuelvo —contesté.

*Nguma se acercó.
Me olió como se olfatea a un recuerdo.*

—Aún hueles a agua —dijo—.

Eso es bueno.

Significa que no te han secado por dentro.

Caminé.

Cada paso recordaba algo que el mundo había cubierto con nombres nuevos.

Yo nací mono.

Eso es verdad.

Pero no porque fuera menos.

Sino porque el mono aún recuerda cuando el cuerpo y el pensamiento no estaban separados.

Cuando me acerco demasiado a lo humano, el mundo se desequilibra.

Cuando recuerdo lo animal, el mundo respira.

Eso también lo saben ellos.

Los pájaros me hablaron del cielo pesado.

Los insectos del suelo cansado.

Las raíces del agua que ya no llega.

Nadie me pidió que mandara.

Me pidieron que **escuchara**.

La corona apretó entonces.

Solo un poco.

Eso también es señal.

Significa que, en algún lugar, alguien pronunció un nombre con la intención de volver a cerrar el mundo.

No importa.

Ya he regresado antes con la corona puesta.

Y siempre, incluso así, el recuerdo encuentra grietas.

Quinientos años no borran lo que fue verdadero.

Solo lo esconden.

Yo soy Kong.

No rey de hombres.

No dios del cielo.

No bestia sin conciencia.

*Soy lo que vuelve
cuando el mundo se olvida de que también es agua.*

*Y esta vez,
no he vuelto solo.*

CAPÍTULO II

Donde el agua me reconoce... y la corona despierta

Volví al agua porque el agua fue la primera en llamarme.

No descendí como caen los cuerpos.

Descendí como regresan los nombres.

*El mundo subacuático no se abre a quien busca poder,
sino a quien aún recuerda cómo ceder.*

El agua me envolvió sin resistencia.

No me pidió permiso.

Nunca lo hace.

Allí abajo, la luz no manda.

El tiempo tampoco.

Todo ocurre en capas.

Los guardianes ya estaban despiertos.

No emergieron de repente.

Siempre estuvieron allí.

N'Kála, la serpiente larga como una corriente antigua, fue la primera en rodearme.

No me tocó.

Me midió.

—Hueles distinto —dijo sin lengua—.

Arriba te estás volviendo pesado.

No lo negué.

—El aire hace eso —respondí—.

Obliga a elegir formas.

*N'Kála se deslizó alrededor del bastón que llevaba conmigo,
aunque el bastón no necesitaba agua para existir.*

—El cetro recuerda —susurró—.
Pero tú estás empezando a dudar.

Eso dolió más que la corona.

Más abajo, donde la presión convierte el pensamiento en pulso,
me esperaban **los Antiguos del Fondo**.

No tienen forma fija.
A veces son peces.
A veces son sombras con ojos.

Son anteriores a las coronas
y posteriores al origen.

—Kong —dijeron al unísono, sin sonido—.
Has vuelto con ruido dentro.

—El mundo de arriba grita —contesté—.
Y cuando grita, me empuja a hablar como hombre.

Hubo un silencio largo.

El silencio del fondo no es vacío.
Es memoria acumulada.

—Eso es peligroso —dijo finalmente Mbú, que había descendido conmigo—.
Cada vez que te vuelves demasiado humano, olvidas escuchar.

Entonces la corona apretó.

No como antes.
No como aviso.

Apretó de verdad.

Sentí el cerco cerrarse alrededor de mi pensamiento,
como si alguien, en la superficie,
hubiera pronunciado mi nombre
no para recordarme,
sino para poseerlo.

El agua se agitó.

N'Kála se tensó.

Los Antiguos se recogieron.

—*Ya empezó —dijeron—.*

*Me llevé la mano a la cabeza por reflejo,
aunque sabía que no había nada que tocar.*

Nunca lo hay.

—*No es dolor —dijo—.*

Es reducción.

*Porque eso hace la corona:
reduce.*

Reduce el mundo a jerarquía.

Reduce la conciencia a obediencia.

Reduce al rey a símbolo.

Me vi a mí mismo desde fuera.

Eso también ocurre cuando aprieta.

Vi al mono que fui.

Libre.

Ligero.

Capaz de moverse sin decidir.

*Y vi al hombre que empiezo a ser
cada vez que el mundo me necesita demasiado.*

El hombre pesa.

Quiere explicar.

Quiere ordenar.

Quiere salvar.

El mono recuerda.

—*Si sigues así —dijo Mbú—,
el agua dejará de reconocerte.*

Eso fue peor que el castigo.

—No quiero perder esto —respondí—.
No quiero perderlos.

—Entonces no elijas —dijo N'Kála—.
Recuerda.

El bastón vibró.

*No porque yo lo ordenara,
sino porque reconoció el conflicto.*

*Se alargó apenas,
tocando el fondo.*

*Cuando el cetro toca el fondo,
el mundo escucha.*

*Las corrientes se calmaron.
La corona aflojó un instante.*

Solo un instante.

Suficiente.

Entendí entonces algo que había evitado aceptar:

*cada vez que regreso,
el mundo me empuja a ser rey
cuando yo solo quiero ser puente.*

Pero el puente también se desgasta.

Subí.

*No porque el reino subacuático me expulsara,
sino porque sabía que el conflicto no se resuelve abajo.*

Se manifiesta arriba.

*Antes de romper la superficie,
Mbú me habló por última vez en ese descenso:*

—No olvides esto, Kong:
el agua no te necesita como rey.
Te necesita **entero**.

Asentí.

Cuando emergí, la selva me recibió con un silencio tenso.

Nguma estaba allí.

—Ya empezó, ¿verdad? —preguntó.

—Sí.

—Entonces cuida esto —dijo—.
Los hombres vienen cuando huele decisión.

Miré mis manos.

Eran fuertes.
Eran precisas.

Demasiado.

Por primera vez desde que regresé,
sentí miedo.

No al castigo.
No a los dioses.

Miedo a **convertirme en lo que el mundo espera**
y olvidar lo que el mundo necesita.

La corona seguía ahí.

El agua quedaba atrás.

Y yo, Kong,
caminaba justo en medio.

CAPÍTULO III

Cuando la selva, el cielo y el agua dejaron de hablar al mismo tiempo

El problema no comenzó cuando olvidaron el agua.

Eso fue solo el síntoma.

El problema comenzó cuando el mundo dejó de recordarse como selva, cielo y agua al mismo tiempo,

y empezó a nombrarlos como cosas separadas.

Ahí empezó la fractura.

Caminé selva adentro.

*No porque huyera de los hombres,
sino porque la selva aún **no me exige definirme**.*

Aquí, los árboles no preguntan quién eres.

*Preguntan **cómo respiras**.*

—Te estás cerrando —dijo **Kóma**, el árbol viejo, sin mover una hoja.

Kóma no es árbol.

Es memoria vegetal acumulada.

—No me estoy cerrando —respondí—.

Me están cerrando.

—Es lo mismo si lo permites —contestó—.

Eso dolió.

La selva siempre dice lo justo.

Nunca lo cómodo.

*Los insectos hablaban todos a la vez.
No con palabras, sino con pulsos.*

Me mostraron algo que no quería ver:

*lugares donde antes había diversidad,
ahora había silencio organizado.*

No muerte.

Uniformidad.

Eso es peor.

—Han aprendido a llamar progreso a la reducción —dijeron—.
Y a llamarnos caos.

No respondí.

La corona apretó un poco más.

*Cada vez que el mundo necesita que yo sea símbolo,
algo en mí se endurece.*

Para continuar leyendo este libro, [haga click aquí](#). Atentamente;

Javier Clemente Engonga

**Copyright Notice for the Document: "AFRICA, EL ORIGEN DEL REY MONO
(非洲, 猴王的起源)™."**

**Copyright © 2026 by Javier Clemente Engonga Avomo.
All rights reserved.**

No part of this book may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other non-commercial uses permitted by copyright law.

**For permission requests, please contact the author at:
info@theunitedstatesofafrica.org**

Published by The United States of Africa™.

This work is protected under international copyright laws. Unauthorized use, distribution, or reproduction of any content within this book may result in civil and criminal penalties and will be prosecuted to the fullest extent of the law.

JAVIER CLEMENTE ENGONGA
AFRICA, EL ORIGEN DEL REY MONO

非洲，猴王的起源

KONG
孙悟空

